



Historias literarias e historias de la literatura en Bolivia: Un proceso a medio camino

Dora Cajías*

Resumen

El objeto del presente estudio es analizar las características que han tenido algunos ejemplos de historias de la literatura boliviana a lo largo del Siglo XX. La falta de sistematización y rigurosidad en la mayoría de esos textos, considerados tradicionales, determina que los resultados sean poco fiables, especialmente desde la perspectiva académica. Se dan referencias también, a textos críticos y enfoques novedosos de las últimas décadas que han intentado marcar nuevos rumbos en el estudio de las letras bolivianas.

Una primera conclusión es entender que los modelos paradigmáticos de Modernidad y Postmodernidad poco pueden aportar a la comprensión del proceso en su conjunto ya que el mismo, salvo muy pocas excepciones, está distanciado de los mencionados modelos.

Si nos atenemos a los conceptos de Historia de la Literatura o Historia Literaria, los textos publicados en Bolivia no cumplen a cabalidad con los supuestos requisitos que algunos teóricos han propuesto.

Palabras Clave

Análisis; Proceso; Historias Literarias; Siglo XX; Bolivia.

Abstract

The object of this study is to analyze the characteristics represented in some of the histories of Bolivian Literature throughout the 20th century. The lack of systematization and rigor in most of the works considered traditional texts determines that the results are not very trustworthy, especially from the academic perspective.

* Profesora de Literatura Latinoamericana y Literatura Boliviana en la Carrera de Literatura de la Universidad Mayor de San Andrés de La Paz, Bolivia. Actualmente dirige y coordina con el Instituto de Estudios Bolivianos un proyecto para publicar una enciclopedia crítica sobre las letras bolivianas. **Contacto:** maninacajias_5@hotmail.com



Reference is also made to critical texts and innovative approaches of the last decades that have attempted to point out new directions in the study of the Bolivian letters.

One first prerequisite is to be aware that the paradigmatic models of Modernity and Postmodernity can hardly contribute to the understanding of the literary process as a whole since, except for very few exceptions, this process has remained distant of the mentioned models.

If we rely on the concepts of History of Literature or Literary History, the texts published in Bolivia do not fulfill the requisites or assumptions proposed by some theoreticians.

Key Words

Analysis; Process; Histories of Literature; 20th century; Bolivia.

Previo

Una primera constatación después de efectuada la lectura de varios textos de historias literarias bolivianas, tanto de las que corresponden a las ocho primeras décadas del Siglo XX, como a las publicadas en las dos últimas décadas de ese siglo y los primeros años del presente, es que sería forzado presumir y aplicar un paradigma teórico para su análisis. Ni el Modernismo, ni el Postmodernismo han sido incorporados o asumidos como marcos de referencia, salvo pocas excepciones que pueden considerarse sólo versiones parcialmente orientadas por esos dos grandes modelos paradigmáticos vigentes en la última centuria. Por lo tanto, esa no parece ser la mejor entrada para estudiar las particularidades y especificidades de la historia de la Literatura Boliviana.

Una reflexión compartida

Como señala Eva Kushner en su artículo “Articulación histórica de la literatura” (en *Perus* 1994:165-187), los estudios literarios en las últimas décadas se han visto problematizados tanto por razones metodológicas como epistemológicas. La dificultad de establecer la delimitación de esos estudios se hace extensiva también al campo de la Historia Literaria y pone en entredicho, incluso, las relaciones de ésta con la teoría literaria. Si partimos de la premisa de que siempre se lee desde el presente, los planteamientos teóricos actuales discuten a partir de qué parámetros se debe leer, qué se debe leer, por dónde se debe empezar; complejidad que justamente muestra las dificultades señaladas en el párrafo anterior.



Según Kushner, la Historia Literaria se ha caracterizado por su intento de legitimizar la validez y el sentido de construir conjuntos de diferente naturaleza y dimensión (escuelas literarias, corrientes, épocas, géneros, temas, etc.) bajo ciertos principios y métodos de selección. Fueron, según esta autora, los románticos los que se ocuparon de difundir diccionarios, comentarios y catálogos destinados a la organización y presentación de la crítica de textos literarios. Después de ellos, ya en el siglo XIX, fueron los positivistas los que se dieron a la búsqueda de certezas históricas por lo que la Historia de la Literatura accedió a modelos científicos, dando un giro al enfoque anterior.

La historia literaria tradicional tiene el sello diacrónico y enfatiza en la visión historiográfica, a la vez que insiste en buscar una científicidad ajena a las ciencias humanas y en repetir criterios dogmáticos en los que la imposición de cronologías y sucesiones temporales parecen imprescindible. Por eso, se quedan, la mayoría de las veces, en simples catalogaciones o como mucho en puntos de referencia general.

Como contrapartida, recordemos que hubo momentos en el Siglo XX en que se reaccionó “contra cualquier forma de sometimiento de los estudios literarios y de su objeto al determinismo histórico, por ejemplo durante el formalismo ruso”, (Kushner 1994:177) cuyas características fueron la concentración en el texto en sí, en la especificidad de lo literario, en la negación de las relaciones entre texto y contexto, en por lo tanto, la deshistorización de lo literario. Su reacción contra la periodización estuvo vinculada directamente a su rechazo a la periodización de la historia política. Por otro lado, están los casos de algunos “historiadores” de la literatura que presentan sus trabajos como simples pretextos para discutir, en realidad, de filosofía o política. Ante esto surgieron voces que pensaron buscar una especificidad literaria, más como una distinción funcional que como una propuesta por establecer jerarquías. El resultado es que el objeto de la historia literaria fluctúa entre dos extremos, el primero que ve la literatura como un campo y función autónoma y el segundo que la ve integrada a las demás ciencias sociales. Considero, siguiendo a Kushner, que ambos extremos son insostenibles.

La historia literaria no sería posible si se aislara al texto literario del resto del discurso social porque estaría enajenado del proceso histórico colectivo. Se trataría, en ese caso, de un encajamiento de descripciones y fenómenos individuales y todo parece indicar que eso haría imposible su sistematización. El problema no está resuelto porque persiste la tensión, no el equilibrio, entre la preeminencia de un aspecto extra literario como es el historiográfico, considerado imprescindible para ordenar el corpus elegido y otro que es el criterio puramente literario, imprescindible, a su vez, para explicar ese material ordenado. Otro elemento que hay que



tener en cuenta es que a principios del siglo XIX, aparecieron en Europa las historias literarias nacionales como una manera de reforzar la “conciencia nacional” y según Kushner este hábito sigue absolutamente vigente porque muchas de las historias literarias siguen al servicio de las nacionalidades y mantienen, como hace 200 años, firmes y sólidas raíces sociológicas. Parecería, entonces, que todo despertar nacional va acompañado “infaliblemente” de la producción de historias literarias nacionales y que de tanto en tanto se deben reforzar esas visiones.

Por otro lado, Kushner sostiene que hay que distinguir entre historias literarias e historias de la literatura, a pesar de que algunos estudiosos creen que se trata de conceptos equivalentes. Para ella, historia literaria abarca el “inventario de todo lo que se ha escrito, publicado y leído, más el estudio de la vida literaria; es decir, contexto biográfico de lo escrito individual y colectivamente, en otras palabras todo lo que hoy se reconoce como campo e institución literarias” (1994:70).

En cambio, historia de la literatura sería más bien, “selección de textos con base en criterios estéticos, morales, religiosos o políticos que se mueve por lo general entre la historia de las formas (géneros) y la de las ideas y mentalidades” (1994:171). En este último caso, de manera explícita o implícita, la orientación axiológica del escritor determina el corpus literario propuesto para su estudio. Pero también la situación socioeconómica, permite en unos casos y en otros no, la incorporación de aspectos “marginales” como la cultura popular, la oralidad, etc.

En la actualidad, las historias literarias están en gran medida desprestigiadas porque se identifican con el “tradicionalismo” más que con la tradición como dice Juan José Saer y postulan así una idea de petrificación que las mantiene todavía, en muchos países, muy alejadas de poder superar el carácter descriptivo y encontrar una salida renovadora, como es el caso de la *Historia de la Literatura Argentina* dirigida por Noé Jitrik, por ejemplo. Para concluir podemos decir que mientras las historias literarias se desenvuelven en un amplio espectro, las historias de la literatura lo hacen de forma más restringida, pero sin dejar de lado, que entre ambas existe un proceso de intercambios. Por ejemplo, muchas veces coinciden en seguir los criterios clásicos de la Poética y en otras, en transgredirlos.

Finalmente se debe tener en cuenta que la definición de lo literario varía en y con la historia por lo que el canon debe ser continuamente revisado e interpelado, lo mismo que las perspectivas teóricas y metodológicas desde las que las distintas épocas encaran su trabajo. En todo caso, en las últimas décadas se ha producido una paulatina desaparición de las visiones monolíticas, tanto de las historias literarias como de la historias de la literatura y se han propiciado estudios más restringidos y relacionados entre sí por una orientación común. Predomina hoy,



según Kushner, la noción de sistema literario, es decir el relacionamiento de los textos entre sí que se estudian diacrónica y/o sincrónicamente, sin abandonar la referencia al contexto ni a la vinculación de éste con el texto y de éste con el autor. La diferencia es que este entrecruzamiento está hecho de manera implícita y, en muchos casos además, no olvida al destinatario, al público lector.

Bolivia: un proceso a medio camino

Luis Antezana, uno de los más importantes críticos bolivianos, señala que

Aunque las expresiones literarias en el territorio boliviano pueden remontarse hasta las literaturas orales de los pueblos aborígenes, pasando por las letras de la Colonia y el primer siglo republicano, diría que, institucionalmente, la literatura boliviana recién se articula en las primeras décadas del Siglo XX. Como eco a esta hipótesis señalaría que también por ese periodo tiende a constituirse la nación boliviana... (Wiethüchter 2002: XI).

Advierte, sin embargo, su convicción de que toda constitución es imaginaria. Más adelante, Antezana amplía lo dicho indicando que junto a la ficción apareció la crítica, aunque, en general, de manera fragmentaria y poco académica. Para algunos estudiosos el primer crítico boliviano sería Gabriel René Moreno, para otros, como el propio Antezana, lo es Carlos Medinaceli.

Posteriormente a la crítica aparecieron los primeros intentos e iniciativas por configurar historiografías literarias. Sin embargo, a diferencia, de lo que Kushner entiende como historia literaria en cuanto al carácter abarcador y general, las nuestras fueron historias muy parcializadas y esquemáticas que no dieron cuenta de la producción existente sino que, por el contrario, contribuyeron a formar un canon hegemónico desde una perspectiva, en la mayoría de los casos, excesivamente descriptiva y, lo que es peor, ideológicamente tendenciosa y sesgada. Por eso, tampoco pueden ser consideradas historias de la literatura. Es el caso de Fernando Diez de Medina y su *Literatura Boliviana* (1959), por ejemplo. Como historiador de las letras nacionales inicia su trabajo con una pregunta paradójica: “¿Es lícito hablar de literaturas nacionales en Sudamérica?” y continúa su trabajo con una serie de apreciaciones que tienden, prejuiciosamente, a subvalorar a los escritores sudamericanos a quienes acusa de “cubrir su desnudez con la vegetación verbal: el escritor habla, pinta, gesticula, grita. No ha dicho nada”(51). Sobre los escritores bolivianos no es menos lapidario, “cada escritor boliviano tomó rumbo solitario, la libertad anárquica es su ley. Todos son autodidactas, desordenados, poliformes, eclécticos,



caudalosos, desconcertados y desconcertantes, todos. Polígrafos sin disciplina, ambiciosos de saber y de expresar, los bolivianos padecen la fiebre de publicar” (51).

Sin ánimo de perder la objetividad ni de asumir una actitud condenatoria no se puede dejar de concluir que un estudio que se inicia de esta manera tan poco seria, sólo parece mostrarnos que el autor pretende justificar la arbitrariedad de sus juicios, culpando a los escritores por no haberse alineado a escuelas definidas en lugar de haber optado por tendencias tan “anárquicas”.

Otro ejemplo parecido es el de Enrique Finot quien en su *Historia de la Literatura Boliviana* (1964) prefirió seguir el enfoque de Pío Baroja cuya premisa era que “La América de habla española sólo ha producido, hasta ahora, imitadores más o menos serviles y más o menos felices de los escritores y artistas de Europa” (1964: 5). Finot atribuye esta carencia de identidad a la falta de unidad ambiental, lingüística y racial. Para él:

...las lenguas autóctonas son tantas y tan diferentes entre sí, que contribuyen a aumentar el caos. En cuanto al medio, de suyo diverso, aún dentro de una misma nacionalidad, como ocurre en México, en el Perú, en Bolivia, con diferentes climas, producciones y formas de vida, tampoco es elemento de fusión, capaz de gravitar en la formación de un alma colectiva. (1964: 5)

Finot apuesta por una unidad inexistente en detrimento de la riqueza cultural tan variada como la boliviana. A pesar de que los dos ejemplos dados fueron considerados, en algún momento, como los proyectos más ambiciosos de historias literarias en Bolivia, parecen en realidad pretextos para exponer ideologías políticas, posiciones y prejuicios sociales y criterios culturales, porque lo propiamente literario no merece la atención ni el interés necesarios para que esos trabajos superen la superficialidad y aspiren, no sólo a ser más profundos, sino a dar visiones, sino completas, por lo menos discretamente sistematizadas del proceso literario de nuestro país. Textos como los de Edgar Ávila Echazú *Resumen de la Literatura Boliviana* (1964) y *La novela en Bolivia* (1986) de Augusto Guzmán son también intentos fallidos de historias de la literatura boliviana porque si bien seleccionaron un grupo de escritores, a partir de sus propios juicios de valor, el análisis del corpus elegido en cada caso apenas corresponde a reseñar o catalogar, de manera muy poco sistemática y ordenada sus respectivas propuestas. Algo más sistemático, aunque con enmarcado enfoque sociológico, es el trabajo de Joseph Barnadas y Juan José Coy *Realidad socioeconómica y expresión literaria en Bolivia* (1977).

Como una reacción crítica contra estos historiadores de la literatura y otros similares que no se han mencionado, se publicó el texto de Adolfo Cáceres Romero *Nueva Historia de la Literatura*



Boliviana (1992; la única considerada como tal por Antezana) que de acuerdo a lo expuesto por Kushner correspondería más bien a una historia literaria. Se trata, sin duda, del mayor esfuerzo efectuado por configurar el proceso de la literatura boliviana apoyado en una rígida concepción cronológica, vinculada, por tanto, a la periodificación historiográfica. Este es el único texto que podría aproximarse al paradigma moderno. Siete extensos tomos (no todos publicados) que van desde las literaturas aborígenes hasta las corrientes vanguardistas del siglo XX intentan llenar con enorme documentación los vacíos dejados por sus antecesores.

Después de este primer corpus de textos “historiográficos” que llega hasta la década de los ochenta, surgieron en Bolivia varios textos interesantes y renovadores de crítica literaria que de alguna manera fueron configurando nuevas formas de lectura que, en algunos casos volvían a los autores “consagrados”, y en otros rescataban a jóvenes escritores o a aquellos ignorados por las generaciones anteriores. Luis Antezana en *Ensayos y críticas* (1986), Oscar Rivera Rodas con *La nueva Literatura Boliviana* (1972), Javier Sanjinés como editor de *Tendencias actuales en la Literatura Boliviana Contemporánea* (1985), publicada por el Instituto Boliviano de Cultura, son entre otros, algunos ejemplos de textos que trabajan corpus bibliográficos, seleccionados bajo criterios estéticos y cronológicos, fundamentalmente.

Son visiones fragmentarias y se proponen, ante todo, hacer crítica literaria, pero de alguna manera, están implícitamente marcando algunos límites cronológicos como “nuevos”, “contemporáneos”, etc. aunque es cierto que prescinden de establecer vínculos entre las obras y autores estudiados con los contextos políticos o históricos. Son textos críticos, ensayos que han favorecido la mediación entre la investigación literaria, el libro y los lectores y que de alguna manera han llenado vacíos dejados por nuestras historias literarias.

El año 2003 circuló un texto de Marcelo Villena con el nombre de *Las tentaciones de San Ricardo* (2003) constituido por siete ensayos que pretenden interpretar la narrativa boliviana del siglo XX. Este libro es, sin duda, un claro intento de romper y cuestionar los listados cronológicos sobre los escritores, las escuelas y los movimientos literarios.

Adopta, más bien, una visión sincrónica y fragmentaria frente al enfoque tradicional de historizar la literatura, pero a pesar de ello este libro no deja de ser una historia de la literatura entendida como “lucha de gestos; como una confrontación de haceres que promueven diferentes formas de cuestionar a los nuevos y remozados determinismos actualmente en boga en cierta academia y que finalmente coinciden con la vieja crítica” (2003:21).



El libro de Villena postula que la noción de escritura permite encarar series, continuidades y rupturas a partir de una lógica que no es ya la cronológica ni la del determinismo historicista. Busca, en cambio, problematizar los parámetros y las representaciones oficiales de la historia social y política, con el objetivo de imaginar la literatura boliviana como otra cosa que un listado de autores, tendencias y escuelas. Con esta premisa, el autor encuentra la forma de explicar cómo una historia de gestos será una historia de “escrituras” en conflicto, es decir “una forma” que lejos de admitir síntesis unificadoras, derive en una historia mucho más problematizada, con el riesgo incluso de la dispersión. Villena comenta que la “noción de escritura” lanza, más bien, el reto de imaginar una historia de la literatura sin teleologías, en nuestro caso, es decir, sin la presunción de una conciencia que tenga que ver con el creador boliviano, con la bolivianidad en lo literario. Dice el autor:

Sin edad de oro, sin final de la historia, una historia de la literatura entendida como lucha de gestos apuntara más bien a la forma de un devenir específico, descentrado, heterogéneo, activado por un conflicto que constantemente se reactiva en torno a determinadas tensiones y encrucijadas: las de la relación con el sentido en el contexto de la literatura boliviana. (2003: 23)

Para Villena, finalmente, una historia de la literatura como lucha de gestos no será el resultado de un programa, ni la sujeción de una obra, de una serie de obras a designios preestablecidos. En tanto que lectura, una historia de la literatura como lucha de gestos, será, ante todo, la obra del duelo que las obras mismas despliegan con su lectura. Más adelante Villena hace otra advertencia para acentuar el carácter no convencional de su propuesta. Admite que íntimamente *Las tentaciones de San Ricardo* proceden según el placer de leer y contar historias y aspiran a ser ensayos de lecturas. Villena, a diferencia de la clásica narratología toma en cuenta las instancias de la comunicación narrativa (representación, narración), pero sobre todo escritura.

Finalmente y para concluir esta rápida y por lo tanto, inevitablemente, incompleta revisión, nos referiremos al proyecto más ambicioso de la última década. En el año 2002 se publicaron dos de los cuatro tomos inicialmente previstos de *Hacia una historia crítica de la Literatura en Bolivia* (2002) coordinados por Blanca Wiethüchter y Alba María Paz Soldán. En la introducción general se advierte que el texto tiene el propósito de construir una historia de la literatura en Bolivia a partir de una nueva lectura de las obras mismas y de las relaciones que se establecen entre ellas para lograr una perspectiva histórica, propiamente literaria y dejar de ser solamente una enumeración de obras o un aval para el canon establecido.



A pesar de la advertencia hecha por los autores hay una parte, la primera, en la que parece seguirse la construcción de la reflexión histórica propiamente dicha en términos cronológicos, aunque planteada de otra manera. Podemos decir que el primer volumen tiene por lo tanto un enfoque más diacrónico y el segundo más sincrónico. Los autores prefieren hablar de continuidades del imaginario, sin interesarles el momento histórico.

Creo que, sin embargo, ante la tarea de escribir una Historia de la literatura o una historia literaria lo primero que hay que preguntarse es qué temporalidad adoptar, qué líneas seguir para historizar, que no necesariamente tengan que ser continuidades cronológicas pero que dejen claro que no se puede construir desde la nada, que siempre hay algo anterior.

La aparición de este nuevo texto, posiblemente por su carácter *sui generis*, no tuvo repercusiones inmediatas y menos abundantes. Poco después, los primeros comentarios mostraron el tránsito de la sorpresa a la polémica y, en algunos casos, a la crítica directa cuestionando la esencia del libro. Sin embargo, la mayoría de esas críticas fueron más retóricas que rigurosas. El primer cuestionamiento se centró en si el texto podía o no considerarse como historia de la literatura. Todo parece indicar que no se trata, por lo menos, de una historia convencional y que es evidente que los autores parten de una concepción muy diferente a las tradicionales para proponer su proyecto. Mónica Velásquez, crítica de la joven generación, presentó una ponencia en la que sostiene que justamente la carencia referencial del nombre y el orden habitual son el reto que sirve al texto como punto de partida. Está tan clara y explícita esta voluntad que parece poco sincera la crítica que demanda un corpus de análisis que dé cuenta de la totalidad- como si eso fuera posible- bajo el ordenamiento cronológico, comenta.

Si volvemos al texto de Kushner podríamos concluir que este texto correspondería a una historia de la literatura y no una historia literaria, en la que la opción seleccionadora parte de principios ordenadores a partir de la fragmentación y concretamente de la exploración de ciertos, no de todos, los imaginarios. Por lo tanto, es inútil y ocioso perseguir lo que no está: la catalogación, la periodificación, los cánones consagrados en lugar de participar de una lectura que se pretende epifánica, contestaria y que intenta reconfigurar un sistema literario menos totalizador y tradicional e instaurar uno, seguramente, demasiado reducido, pero que admite rupturas, flexibilizaciones y discontinuidades.

Lo llamativo de la investigación es que a pesar de su insistencia en fundar una lectura original y creativa, heterodoxa y por lo tanto atrevida, no cae en la anarquía o el caos. Hay una lógica y una coherencia, planteadas de tal manera que la lectura de un autor o de una obra permite con-



tener a otras obras y autores, a poéticas e imaginarios que pueden amplificarse, en algunos casos hasta dar, incluso, la revelación de una época. Ciertamente la selección de un eje canónico a partir de sólo cuatro autores puede ser cuestionable y para muchos altamente sospechoso. Arzans, Freyre, Borda y Sáenz son privilegiados y encumbrados, de manera, por decir lo menos, obsesiva. A pesar de ello, al interior de la propuesta existe un orden de correspondencias, difícil de desarticular, pero el efecto hacia fuera da la impresión de una selección muy excluyente, más allá de la advertencia que los autores hacen sobre el carácter inacabado de su propuesta.

El corpus elegido pudo, sin duda, incorporar otros autores sin que por ello se fracturara la lógica del texto y hubiera podido cumplir así mejor con la intención de explicar a partir de unos cuantos creadores, más imaginarios colectivos. Sucede, sin embargo, que el esfuerzo de concreción selectiva es tan cerrado, que no permite proyecciones que den cuenta de un espectro un poco más representativo de la literatura boliviana, tan necesitada, por otro lado, de registros que den cuenta de su real alcance y riqueza. Se trata de una propuesta novedosa, enriquecedora en el panorama nacional y que más allá de los cuestionamientos que se le han hecho es, sin duda, el aporte más importante del último cuarto de siglo en la aproximación y profundización sobre la historia de la literatura boliviana.

El criterio de mi selección ha sido tomar algunos de los ejemplos más conocidos de textos tradicionales y de propuestas con nuevos enfoques, para llegar a la conclusión que a pesar de los avances, todavía hay mucho por hacer. No se citó todo lo escrito, pero sí lo más representativo de ambas tendencias. A pesar de ello, desde los intentos convencionales hasta estos más novedosos, no se ha desarrollado todavía en Bolivia un proceso de historias literarias e historias de la literatura que, dentro de concepciones distintas e incluso opuestas, dialogue de manera abierta y propositiva y construya una referencia cabal del itinerario seguido por nuestras letras. Falta, a pesar de los esfuerzos realizados, mucho camino por andar.

Bibliografía

ANTEZANA, LUIS (1986): *Ensayos y Lecturas*. La Paz: Altiplano.

_____ (2002): "Umbral" en Wietüchter Blanca y otros en *Hacia una Historia Crítica de la literatura en Bolivia*. Tomo I.

AVILA ECHAZU, Edgar (1964): *Resumen de la Literatura Boliviana*. La Paz: Gisbert y Cia.



BARNADAS, Joseph y COY Juan José (1977): *Realidad Sociohistórica y expresión literaria en Bolivia*. Cochabamba: Los Amigos del Libro.

CACERES ROMERO, Adolfo (1992): *Nueva Historia de la Literatura Boliviana*, Cochabamba, Los Amigos del Libro.

DIEZ DE MEDINA, Fernando (1959): *Literatura Boliviana*. Madrid: Aguilar.

FINOT, Enrique (1964): *Historia de la Literatura Boliviana*. La Paz: Gisbert y Cia.

GUZMAN, Augusto (1986): *La Novela en Bolivia*. La Paz: Gisbert y Cia.

KUSHNER, Eva (1994.): “Articulación histórica de la literatura”, en Francoise Perus, *Historia y literatura*. México: Antologías Universitarias.

RIVERA RODAS, Oscar (1972): *La nueva narrativa boliviana*. La Paz: Ediciones Camarlinghi.

SANJINES, Javier (ed.) (1985): *Tendencias actuales en la Literatura Boliviana*. Valencia: Artes Graficas Soler.

VELASQUEZ, Mónica: “Sin el orden ni el nombre habitual”. Ponencia presentada en el Congreso de Estudios Bolivianos, Sucre 2006.

VILLENA, Marcelo (2003): *Las tentaciones de San Ricardo*. La Paz: Instituto de Estudios Bolivianos.

WIETHÜCHTER, Blanca y otros (2002): *Hacia una Historia Crítica de la Literatura en Bolivia*. Tomos I y II. La Paz: PIEB.

